

tiré ninguna intentona mientras mi primo ocupe el Trono. Después, únicamente si la anarquía se adueñase de España, yo haría un llamamiento a mis leales y al patriotismo de los buenos españoles y reivindicaría mis derechos...

*
**

Y, como no está bien que el *reporter* lo ponga todo, te cedo la palabra, pacienzudo lector, para que digas, como en las comedias del antiguo régimen:

—¡Ahora lo comprendo todo!



Varela o la fuerza del sino

DE LA ÉPOCA DE «LOS CRÍMENES»

Acaba de fallecer en Vigo, donde nació y últimamente vivía, con su esposa y su suegra, callado y obscurecido, el famoso José Vázquez Varela Borcino.

Más que el ruido que durante su accidentada vida hizo, perseguido por una inexorable fatalidad trágica, reclama unas últimas cuartillas para Vázquez Varela, piadosa paletada de tierra que la actualidad pone en su tumba, la circunstancia de ocupar este hombre una lamentable página en la historia del periodismo español, que no podemos leer sin dolor los que todavía, a pesar de tantos desengañados años de ejercicio, seguimos amando esta profesión.

Las páginas del proceso periodístico del «crimen de la calle de Fuencarral» constituyen los primeros y fundamentales folios del pleito de divorcio entablado entre el público y la Prensa, y sostenido por tanta desagradecida complacencia

como tenemos con esos ingratisimos y tenaces enemigos nuestros, lenguas de hacha siempre dispuestas a hacer leña de nuestro prestigio, que se llaman cómicos, toreros, empresarios, políticos, bailarinas y danzantes de las demás especies.

Aquellas fantasías, aquellas encontradas versiones, las apasionadas y enconadas polémicas aquellas sobre si fué o si vino tal hampón, o si dijo o calló tal problemático caballero desconocido, trajeron luego, como reacción inevitable, esa desconfianza, cada vez más acentuada, con que el público acoge los informes de la Prensa..., a los que han venido a hacer buenos los redactores de los partes oficiales de la guerra.

No fueron, sin embargo, los periódicos, aun teniendo tanta culpa, los mayores culpables del pecado de curiosidad malsana en que en aquella época cayó España entera. Es muy posible que en el interés extremado que despertó el «crimen de la calle de Fuencarral» fuese factor más importante que el suceso mismo y aún que la circunstancia de ser suceso veraniego, la habilidad de las manos que tejieron aquellas famosas informaciones. Los que luego habían de figurar en la envidiable, envidiada e imperdonable categoría de los mejores en el escalafón periodístico, entonces jóvenes animosos, incansables y entusiastas de su oficio, vistieron el suceso con el ropaje de esa hoy casi olvidada literatura periodística—tan despreciada por los profesionales del mazacote—que consiste, no en

lo rebuscado y pomposo de un estilo relamido impropio de estas hojas, sino en el difícil arte de dar, dentro de una sencillez que no excluye la elevación, ese interés y amenidad a los relatos que constituye la desesperación de los que en vano buscamos la fórmula de este género literario.

Contado por tales plumas el suceso, que tenía pendiente a España entera, tomó un carácter novelesco, que apasionó aún más los ánimos. Ahí era nada. Una novela en la que podía ser actor y hacer célebre su nombre el primer quídam que se lo propusiera... y se lo propusieron muchos...

Mas no fueron los periodistas los que entonces soliviantaron a la opinión, aunque no pongamos nuestras manos en el fuego por todos. La musa que inspiraba a la Prensa, la que asombraba a las gentes cada día con una nueva y estupenda versión del suceso, la que aquí afirmaba blanco y en el otro lado sostenía negro, fué el pueblo, y el pecado de la Prensa fué sólo pecado de ligereza por admitir sin más ni más, presa de la misma fiebre que padecía España entera, las manifestaciones de tanto sujeto tocado de la manía exhibicionista, que hizo entonces tantos daños.

Acaso nada dé mejor idea de la facilidad con que entonces se inventaba, quizá diríamos mejor de la locura reporteril de las gentes, que esta anécdota que hemos oído de labios del Sr. Millán Astray, tan víctima de aquel crimen como la infeliz doña Luciana Borcino.

Harto de ser interpelado por unos y por otros, huía el Sr. Millán Astray, para ahorrarse preguntas e impertinencias, de los sitios en que era conocido, y buscaba cafés, comercios y peluquerías donde no le molestasen hablándole del insoporrible crimen.

Una mañana entró a afeitarse en cierta peluquería, hace algunos años desaparecida, de la calle del Príncipe, donde no había estado nunca y, por tanto, esperaba no ser conocido ni interrogado.

Así fué. Todos los oficiales estaban ocupados y D. José tuvo la suerte de ser servido por el dueño. Cuando empezaba el enjabonado se le ocurrió preguntar a uno de los parroquianos:

—¿Y qué hay de nuevo en lo de la calle de Fuencarral?

—Pues que ya se sabe todo—respondió el maestro con la mayor seguridad.

Y colocó a la clientela una historia del suceso que no parecía sino que el rapabarbas lo había presenciado.

—Verán ustedes—decía mientras afeitaba a don José Millán Astray que le oía callado como un muerto, dando de vez en cuando furiosas chupadas al puro, que no le abandona nunca—: la noche del crimen llegó la hora de cerrar la cárcel y Varela no se presentaba. Entonces fué un celador y advirtió a Millán Astray de lo que ocurría: «Señor director, que Varela no ha vuelto.» El señor Millán Astray se echó *in continenti* a buscar al

prófugo, y como era un hombre de tanta suerte, tuvo la de encontrarle en el paseo de Areneros. Varela iba con dos amigos y la turca más grande que, con permiso de Alá, puede acompañar a un cristiano. Millán Astray le reprendió cariñosamente, paternalmente:—«¡Pero hombre, Pepe!...»

Y el barbero ponía tal expresión en la imitación de la mímica y de las inflexiones de voz, que cualquiera que no le conociese podría creerle uno de los dos cómplices acompañantes de Varela.

—«Pues no es esto lo peor—respondió el criminal—, sino que acabo de matar a mi madre y la he robado estos cuarenta mil duros».—«Trae acá—le dijo Millán Astray, apoderándose ávidamente de las doscientas mil pesetas—, trae acá, que te pueden descubrir y nos perdemos todos.» Y ahí tienen ustedes—concluyó enfáticamente el barbero—cómo ese bribón, porque no le descubrieran que dejaba salir a los presos, se hizo encubridor de Varela, y por contera se quedó con los cuarenta mil duros que ese mal hijo le robó a su madre.

—Entonces ese Millán Astray—interrumpió el auténtico—es un grandísimo pillo.

—No lo sabe usted bien, caballero—contestó el maestro, ufano con la atención que le prestaban los parroquianos.

—¿Usted le conoce?

—Ya lo creo. Antes éramos muy amigos. Nos conocimos en la cervecería de enfrente, donde tomábamos café todos los días a la misma hora y

en mesas vecinas. Hace dos tardes volvió y vino muy decidido a saludarme; pero yo—con aire digno—no le quise contestar.

—¡Bravo!—aprobó el Sr. Millán Astray—. Hizo usted muy bien.

—Sí, señor. Me *deniegro* saludando a semejante criminal.

En estas había concluído el afeitado. El Sr. Millán Astray pagó su servicio, y con mucha sorna se despidió del barbero charlatán.

—He quedado muy satisfecho de lo bien que me ha servido usted, maestro—dijo.

—Muchas gracias—contestó derritiéndose Fíguro—. Ya sabe usted: Fulano de tal, a su disposición.

—Pues... José Millán Astray... pero no a la suya.

Estupefacción general. Los oficiales se quedan con la boca y las tijeras abiertas; los pacientes se vuelven hacia D. José; el maestro charlatán, azorado, da vueltas por el salón sin saber dónde meterse. El Sr. Millán Astray habla serenamente:

—Ya han visto ustedes, señores, con cuánta facilidad se miente en éste asunto. Lo mismo que este majadero son los demás calumniadores. Yo les ruego a ustedes que cuando oigan hablar de este proceso recuerden lo que acaban de presenciar y la seguridad con que este imbécil afirmaba conocerme de tomar a diario café conmigo en esa cervecería donde no he estado nunca... y puede que tampoco este hombre.

—Usted nos hará la justicia—dijo uno de los que le oían—de creer que no hemos prestado la menor fe a las disparatadas invenciones del maestro.

El Sr. Millán Astray saludó; pusiéronse en pie los parroquianos, y el barbero hablador quedóse más corrido que una mona.

Hubo otros muchos habladores por aquellos días; pero al cabo la razón y la verdad se impusieron, y el proceso por asesinato de doña Luciana Borcino terminó como debía terminar.

Vázquez Varela, absuelto, se vino a Vigo. Aquí no observó la conducta ejemplar y mucho menos la silenciosa que hubiera sido razonable. Sin embargo, acaso no fué suya toda la culpa. Se vió aislado, despreciado... Poco tiempo después sonaba su nombre en otro suceso misterioso, el que entonces se llamó «crimen de la calle de Carreras». Varela era también inocente de la muerte de aquella histérica Antoñita, que se suicidó en un momento de locura. La opinión, curada de anteriores extravíos, así pensaba con rara generalidad. El convencimiento de la absolución de Varela era tal, mucho más después del discurso elocuentísimo de su defensor—un famoso abogado manchego—que estaba preparada en no recuerdo qué restaurante una magnífica cena para Varela, su abogado, los pasantes de éste que le ayudaron en los trabajos de esta causa y algún amigo más. El veredicto condenatorio del Jurado fué un mazazo que atontó muchas cabezas. En el azora-

miento general que produjo, no se utilizaron recursos, que acaso hubieran sido concedidos.

Varela fué a presidio. Y este hombre, víctima de un sino cruel, acusado injustamente de parricida y condenado por el Jurado por un delito que no había cometido, un día en Ceuta, tuvo que armar su mano y matar a un hombre. Se habían reunido siete barateros para exigirle no sé qué; le esperaron en un patio, le agredieron, y Varela, al fin, mató. Y el severo Tribunal militar que lo juzgó hubo de absolverle, estimando que había obrado en legítima defensa.

Varela observó buena conducta en presidio. Fué liberto, estableció en Ceuta una fotografía, se casó, le licenciaron a su tiempo, y cuando Ceuta se transformó volvió a su tierra ansioso de paz y silencio.

Y nadie supo de él hasta que la muerte volvió hace pocos días a escribir su nombre en el Registro de un Juzgado.

A nadie como a este hombre desgraciado debe aplicarse más piadosamente el cristiano «descanse en paz».

Pero siendo él quien fué y estos tiempos los de la novela y el drama policíacos a todo meter, no osaremos asegurar que los huesos de Vázquez Varela logren la quietud y el olvido por los que tantas veces suspiraría esta desdichada víctima de un destino cruel e implacable.



Cosas del Real

LA «REDONDILLA» Y LOS PLATÓNICOS

El «régisseur» o, dicho en términos más vulgares, director de escena del teatro Real, con vigilante y paternal cuidado del orden social, de la tranquilidad de las familias, de la paz de los corazones y hasta de la salvación de las almas ha «suprimido» la «Redondilla», consternando a una parte considerable del abono masculino y habituales del regio coliseo.

¡Suprimir la «Redondilla»! ¿Comprendéis, Tenorios de bastidores, desierto y silencioso el alborotado saloncillo de las bailarinas, hasta aquí lleno de voces, risas, miradas picantes, mujercitas en malla y caballeros y caballeretes en ascuas? Pues solitario y callado está, como para que el corno gima allí las melancólicas notas del «mar desierto» de *Tristán*.

—¿Le parece a usted?—me decía rabioso, durante el segundo entreacto de *Hugonotes*, uno de los más constantes redondilleros—. Subo a entre-

tener un ratito con las niñas en la «Redondilla»... ¡y he tenido que pasármelo charlando con Tanci! Nadie. Allí no hay nadie... fuera de Tanci. Las pizpiretas *ballerinas*, que ensayaban coquetueñas y picarescas sus pasos frente al gran espejo o cuchicheaban con uno u otro galán, cuando no con otros y con unos en el hueco casi misterioso de los balcones, o apoyadas en la barandilla de hacer piernas, protestan contrariadas con tosecías guasonas desde la estrechez y aburrimiento de sus incómodos camarines cada vez que sienten entrar o salir en la vecina Dirección al director, mientras que los viejos de todos colores, desde el verde desvaldo al lila pálido, y los jovenzuelos aprendices de *terrible* que iban allí a hacer sus primeras armas, y se pasaban los entreactos en el centro del saloncillo, con el sombrero derribado sobre el cogote, recorriéndolo todo con ojos llameantes, sin atreverse con ninguna, andan ahora desorientados y cariacontecidos por el *foyer* y los pasillos renegando del autocrático decreto del asustadizo y tutelar *régisseur*, que ha privado hogaño al Real de su más entretenido e inocente atractivo.

Inocente, sí; porque, pese a las mallas, las pituretas y las sonrisas, todo era allí platonismo. ¡Ay!; estos tiempos no son aquellos de los grandes bailarines *Fiama*, *El espíritu del mar* y otras maravillas que sólo hemos alcanzado de oídas, en los que tantas hermosas estrellas del *ce a ça* y el *pas de*

buré abandonaron el tonclete para tocarse con el albo velo y las flores de azahar de la desposada en una magnífica boda. Estas niñas que veis ahora bailando en el Real tienen la coreografía nocturna como una ayuda de lamiseria dejournal de su oficio diurno de guanteras, corseteras, costureras, modistas y demás medios de vivir las mujeres que no dan para vivir, y quitarías el ratito de charla de la «Redondilla» y el gozo de las burletas a los viejos ex conquistadores que a ella acuden a hacerse ilusiones, es privarlas cruelmente de una de las pocas alegrías que las pobres disfrutaban.

Porque es lo que ellas dicen:

—Si la quitan a una de reirse de los moscones en los entreactos, *pa* seis cochinos reales que una gana no vale la pena de venir.

Pero el que está más furioso que nadie, mucho más que aquella señora que ayer protestaba indignada «porque ahora tiene siempre de pelma a su marido en el palco», es el «Decano» de la «Redondilla».

Todos los habituales del Real y de los teatros donde hay cuerpo coreográfico conocen sus respetables barbas blancas, su aspecto bonachón, su andar pesado y sus ojillos chispeantes. «Los ojos siempre son niños».

El «Decano»—por lo demás, y fuera de esta platonica manía, excelente y respetable persona—no falta nunca al Real cuando hay ópera de baile. El «Decano» ocupa siempre una de las butacas más

cercanas al escenario y duerme beatíficamente al dulce son de arias, cavatinas, dúos y concertantes fragorosos. A veces acompaña con tal cual ronquido. Pero suena la música del *ballet*, y el hombre despierta, se anima, recoge los gemelos que rodaron por el suelo con los primeros ronquidos, los clava en el escenario y no los vuelve a su lugar descanso hasta que el baile acaba. Cuando termina el acto, sube a la «Redondilla», reparte unos cachetitos, reparte unos bombones, charla con unas y otras, y cuando se va, saluda a los que llegan, advirtiéndoles gozoso:

—¡Hay carne! ¡Hay carne!

Luego vuelve a su butaca y torna a dormir hasta que la ópera concluye. Con el último compás, el último ronquido. Y mientras se pone el gabán, saluda cortésmente a los músicos cercanos.

—Muy bien, muy bien. Han tocado ustedes muy bien. Buenas noches.

Figuraos cómo estará de indignado el «Decano» con el director de escena. Casi tanto como aquella noche memorable en Apolo. ¿No os acordáis? Eran los primeros tiempos de Arregui y Aruej. Habían anunciado *Al agua, patos*. En aquellos días esta zarzuelita, como luego *San Juan de Luz*, tenía la inestimable virtud de calentar, como se dice en el *argot* de saloncillo, los teatros más fríos. Cuanto más bellas, opulentas de formas y codiciadas las tiples que habían de aparecer en mallas y trusa en el momento culminante, más di-

nero en la taquilla. Ajusten ustedes la cuenta del entradón que produciría aquel reparto que comenzaba: «Señoritas Pino, Campos...»

Naturalmente, el «Decano» estaba allí en su primera butaca de la primera fila desde la sección anterior, consumiéndose de impaciencia, esperando el momento psicológico, limpia que te limpiarás los gemelos. Pero, amigos, llega el instante, se despojan las tiples de su capa de baño... y el «Decano» estalla en indignación.

—¡Esto es intolerable! ¡Esto es una indecencia! ¡Estas cosas se anuncian en el cartel!

Y airado y protestando abandonó la sala. Los del público la tomaron con él.

—¡Es de los padres de familia y se ha asustado!

—¡A la camita, a la camita!

—¡A rezar, abuelo!

Pero él, sin hacerles caso, seguía protestando:

—¡No hay derecho! ¡No hay derecho! ¡Esto debió anunciarse antes para no engañar al público!

Y ya en la puerta, se volvió iracundo a las tiples:

—¡Eso es una mamarrachada!

En los pasillos se explicó con el inspector de servicio y el representante de la Empresa, que salieron a su encuentro.

—¡Esa Joaquina Pino, que se viene con un traje de baño hasta los pies! ¡Eso es un timo!

¡No había carne! ¡No había carne!

Imagínesele usted ahora, señor director de esce-

na. Su menor amenaza es no volver al Real. Yo, en el caso de usted, no estaría tranquilo. Haría testamento. Y un seguro de vida para no morirme. Y volvería a declarar libre el tránsito por la «Redondilla».

Si allí no pasa nada. Nada. Nada. Nada.



Cómo trabajan

LINARES-RIVAS

LA VÍSPERA DE
«FANTASMAS»

Mientras todo el mundo, ese pequeño «todo el mundo» de periodistas que se aburren y diputados que se hacen ilusiones asiduo al Congreso se afana por descubrir la fórmula incógnita que ha de arreglar el conflicto parlamentario, el senador vitalicio Sr. Linares Rivas va y viene por los pasillos, entra en el salón de sesiones por una puerta para salir en seguida por otra, se acerca a un grupo, se separa inmediatamente, no se está quieto y no hace chistes.

—«Veña acá, don Manoliño»—le decimos, deteniéndole en el pasillo circular, cerca de la puerta del presidente—. «¿Qué demo pasalle, hom?»

—¡Ay!—aquí un suspiro muy grande—. ¡Que estreno mañana!

—Magnífico. Entonces ya que aquí te cojo, aquí te mato.

—¡No, por Dios! Déjeme usted vivir, siquiera hasta saber qué le parece al público mi obra.

—Es que precisamente yo quiero contarle al público cómo trabajan sus autores favoritos, y puesto que usted está en turno y es uno de sus comediógrafos predilectos...

—Mire que a mí no me gusta andar con cuentos. Además, estoy muertecito de miedo; hasta tengo fiebre... No me pregunte nada y diga usted lo que le dé la gana. Hasta que pase la hora terrible del estreno yo estoy conforme con todo lo que digan de mí.

—¡Pero hombre!... ¿Quién dijo miedo?

—Un autor dramático. El que no ha escrito para el teatro y reincidido no sabe lo que es eso. A cada obra nueva aumenta el pánico; inspira más miedo que todas las anteriores juntas. Y cuanto más grande es el cariño con que el público favorece a un autor, más grande es el pavor de éste.

—¿Pasa usted mal rato durante los estrenos?

—Muy malo. Malísimo.

—¿Dónde está usted mientras ocurre el suceso?

—En el escenario. Hago un agujero en la decoración, y allí permanezco toda la comedia fumando... y sudando. Al final parece que salgo de un baño ruso, y he dejado el suelo alfombrado de cigarrillos a medio fumar, la mayor parte encendidos por las dos puntas.

—¿Oye usted al público?

—No; pero le veo. Y no sé qué es peor, por-

que no puede usted imaginarse lo feo que está hasta que desarruga el ceño. ¡Uf!

El conde de Romanones, que cruza en este momento por el pasillo, al ver soplar con tanta fuerza a Linares Rivas, se detiene y nos pregunta por el esperado suceso político.

—¿Qué pasa?

—Lo que usted quiera, Conde—le contesto. Y él continúa su camino, protestando:

—No. Lo que yo quiera, no. Ahora manda Dato.

—Pero, ¿es que ocurre alguna complicación política?—me pregunta Linares Rivas—. ¿Qué hay?

—Una pequeñez: reformas militares, presupuestos, Cambó; que Dato quiere irse; que Romanones no quiere venir...

—¿Con tal de que no me pateen mañana?...

—¡Meigas foral!

—¡Arrenegadas sean! Amén. ¿Le parece a usted que metamos a alguien más en el conjuro?

—No van a caber todos. Es mejor que sigamos, sin complicaciones, nuestro interrogatorio. ¿Es usted muy exigente en los ensayos?

—Mucho. Fastidio bastante... pero me corresponden... Y lo demás, «como en castellano». Diga usted lo que quiera. Palabra que no le rectifico.

Yo declaro que nunca he visto a un hombre más preocupado, más medroso. Es otro Linares. Tristón, apagado, premioso. A veces se le ve pelear ruda e inútilmente buscando un chiste, una de sus aceradas y fáciles frases punzadoras. En vano. Ni

gracias, ni ironías. No hay más que miedo. Si los «morenos» vieses en estos trances a los autores... ¡Y menos mal cuando la incógnita del fallo se despeja pronto!...

—¡Quiá! Nunca se despeja hasta el final. Las comedias caen por arriba. Hasta que desciende el telón definitivamente dura el tormento... que comenzó en los ensayos.

¿Modifica usted mucho durante ellos?

—Todo lo que me indican. No hay hombre más fácil que yo para corregir, cortar y romper. De tal modo, que a veces me ha ocurrido (en *Camino adelante*, por ejemplo) cortar tanto, que casi nos hemos quedado sin obra y hubo necesidad de rehacerla. En cuanto un actor se trabuca dos veces en el mismo párrafo, ya lo estoy modificando, porque evidentemente la frase hace una curva que yo no he visto, pero que obliga al actor a irse por otro lado, buscando instintivamente el camino recto.

Linares ha escrito mucho, mucho. Más que el Tostado; más que nuestro ilustre amigo y ahora silencioso parlamentario el Arzobispo de Tarra-gona.

Pero también ha roto mucho sin compasión ni duelo.

Después del estreno de su primera obra, Linares tuvo el valor inaudito de romper todo su dilatado «repertorio inédito». Yo no sé, ni él creo que tam-

poco, cuántos años de comedias y dramas. Una porción de años.

—¿Y sigue usted rompiendo?

—Una barbaridad.

—¿Es usted fácil para escribir?

—No lo sé. Yo trabajo todas las mañanas... hasta que me entra la fiebre, y trabajo a toda hora. Hay días, que no hago más que fumar cigarrillos. En cambio, otros escribo en las dos o tres comedias, que siempre tengo en el telar, y dejo la una para escribir cosas que se me ocurren en la otra.

—Pero eso de las tres comedias...

—Naturalmente, es hasta que me decido por una. Entonces ya no hay más que ésta.

—¿Pero dónde comienza usted sus comedias?

—Por el final, también naturalmente. Lo primero que hago es saber el sitio adonde voy. Es como en la vida. Usted tiene que ir a tal parte; esto es lo esencial. Luego viene la elección y trazado del camino.

—¿Es usted muy severo como juez de sí mismo?

—Yo no ejerzo de juez. Tengo un tribunal para estos casos. Cuando he concluído una obra, reuno a mi familia y a dos o tres buenos amigos, les leo lo que acabo de escribir, y la impresión que les hace es la que decide la suerte de mis comedias. Como no les guste, las rompo sin apelación ni discusión. Es que no he acertado.

—¡Hombre! ¿Así, sin más razones?

—Si discutiéramos, ya sé yo que acaso les con-

vencería. Pero es que con el público no hay posibilidad de discutir ni razonar. El juzga por impresión, como mi primer auditorio, y aplaude o silba porque sí, porque le gusta o no le gusta, tenga o no razón.

—Sí; es un procedimiento.

—Un procedimiento de averiguación, claro está, porque esto no quiere decir, y creo que bien probado lo tengo, que a mí me preocupe el común sentir. No es cuestión de pensamiento, sino de procedimiento. Como las comedias se escriben para que el público las entienda, yo me preocupo de tal modo de la claridad de las mías que acepto sin discusión las indicaciones atendibles que recibo de cualquier persona, sin mirar su condición y clase. Cierta vez una de mis criadas que presenciaba un ensayo general de *La estirpe de Júpiter*, soltó una carcajada en un pasaje en donde yo no había puesto ningún chiste. Inmediatamente me fui a ella. «¿De qué te has reído?», le pregunté. Y como ella me explicó la escena de un modo distinto de como yo la había escrito o querido escribir, dando a determinadas frases una intención que no tenían, pero que lo mismo que ella podía entender equivocadamente el público, modifiqué inmediatamente la escena para que no hubiese lugar a confusiones. Por lo demás, amigo mío, no olvide usted que no era Gedeón, sino Balzac quien leía sus obras a su criada. Toda mi gente va a los ensayos de mis estrenos, los unos en repre-

sentación del público de las butacas, los otros en el de las alturas. Y como algún criado o tramoyista me pida explicaciones sobre alguna cosa, ya me tiene usted corrigiéndola. Es que aquello no está claro... Y ya no tengo más qué decirle, como no sea que una de mis mayores preocupaciones en los estrenos es que los entreactos sean muy breves, «la mayor brevedad posible».

—Comprendo. Para abreviar el tormento.

—¡No! Para que no tengan tiempo de hablar los comentaristas. Y creo que ya hay bastante.

—¡Ca! Todavía faltan una porción de cosas, como aquello de ¿Cuál es su comedia favorita?

—*El abolengo*.

—¿Por qué?

—Porque fué la primera que me pidieron. Un día, uno de los días más alegres de mi vida (imagínese usted un hombre que se la había pasado toda soñando en ser autor dramático aplaudido y solicitado), un día, digo, poco tiempo después del estreno de mi primera obra, se me presenta en casa don Cándido Lara, quien, como es sabido, tenía una gran vista para las cosas de teatro, y me dice que venía a pedirme una comedia para Lara. ¡Usted calcule! A las cinco se despidió don Cándido; a las cinco y cuarto ya estaba yo trabajando en mi despacho. No me había metido prisa, pero yo la tenía. En un mes escribí *El abolengo*, me mudé de casa y se estrenó la comedia. Y ahora sí que no queda nada por decir.

—Sí, hombre. Nos falta saber las obras que tiene usted en el telar.

—Pues mire usted; sólo puedo hablar ahora de una en la que estoy muy metido... y no sé si va a ser una zarzuela o un drama sacro.

Y, previniendo nuestro gesto de extrañeza, concluye:

—En esto de la calificación de las obras no hay que fijarse. Yo he resuelto este problema de una manera muy cómoda para lo sucesivo. No califico hasta el día siguiente al estreno para que no haya posibilidad de errores ni disgustos. Es muy fácil: verá usted: ¿se ríe el público?, comedia; ¿llora?, drama.

—¿Y si no le gusta lo que sea?

—También es muy fácil. «Obra de tesis». No la ha entendido. Y adiós, que me voy.

—No será sin contarme algo de cierta superstición de usted y de otros autores sonados; de una invocación a la buena sombra que usted, gallego, hace en compañía de tales escritores andaluces los días de estreno.

—¿No dijo usted cierta vez en un artículo que «gallegos y andaluces primos hermanos»? Pues entonces, ¿qué tiene de extraño que supersticiosos ellos y supersticiosos nosotros nos reunamos los hermanos Quintero, Federico Oliver y yo, los días que estrenamos, a brindar, en cierto colmado por el buen éxito de nuestra obra en capilla? El toque de la buena sombra está en brindar a las seis en

punto de la tarde, por el reloj de Serafín Álvarez Quintero, que actúa de maestro de ceremonias. Un segundo de retraso o la falta de alguno de nosotros, obra al foso.

—¿Pero, efectivamente, lo han comprobado ustedes?...

—Comprobar, no hemos comprobado nada; pero que se ría el que no tenga debilidades ni sepa lo que es el miedo. Esto nos da un poco de ánimos hasta la hora en que se pierden todos. Y ahora sí que me voy al salón de sesiones, no sea que haga falta para alguna votación.

—Pero si usted no es de esta parroquia.

—¿Sé yo acaso a estas horas de dónde soy? ¡Señor!, ¿por qué no habíamos de empezar por la segunda o tercera representación? Si buenos aplausos nos dan, buenos coscorriones nos cuestan. ¡Qué vida!

Senador con la vida asegurada, que dijo el otro, millonario, aplaudido, ¡y se queja?

¿Qué faremos nos, amiguiño?



Un santo

EL HERMANO JUAN

LA PROVIDENCIA
Y SANTIAGO

En uno de los pasillos del Hospital general nos encontramos con una monjita que, dirigiéndose al amigo que nos acompaña—un alto funcionario de la Diputación provincial, que estuvo muchos años destinado en esta santa Casa—, le dice alegremente:

—¿No sabe? Ha habido noticias del «Hermano Juan». Está en un asilo de mendigos, en Buenos Aires. Dicen que está tan bueno y que es el mismo de siempre con los pobres. Dios le bendiga, que mucha caridad ha hecho en este mundo.

—¿Quién será este hombre misterioso? ¿Cuál el secreto de su vida?—dije yo, cuando se despidió la hermana.

—Yo sé su historia—me contestó mi amigo—. Nos la contó a sor Larequi y a mí varias veces. El hermano Juan y yo fuimos grandes amigos, y

su historia es conocida por algunas otras personas de esta casa que asimismo gozaban de la amistad de D. Juan López Sarrión, que estos eran los nombres y apellidos de este hombre, uno de los más grandes del siglo, de este verdadero santo, a quien nuestros nietos venerarán en los altares.

A ruegos míos, mi amigo me contó la historia del hermano Juan, y me mostró algunos documentos que acreditan aquélla.

Yo creo que no habrá lector que ignore quién fué este hombre singular, y cómo durante treinta años, vistiendo un raído sayal, durmiendo en una guardilla desmantelada, sin otros muebles que unos libros y un camastro, con un adoquín por cabecera, dedicóse a asistir y consolar a los enfermos del hospital, prestando sus auxilios preferentemente en las salas de mayor peligro y asco, sin un momento de flaqueza, con asombro de médicos y hermanas. Socorría largamente, como si dispusiera de los tesoros legendarios e ignorados del pirata, a los enfermos desvalidos cuando salían del hospital, y a sus familias durante la enfermedad; en momentos difíciles, en épocas de angustia, acudió también en auxilio del santo establecimiento, proveyendo a muchas de sus urgencias...

*
**

El hermano Juan, o D. Juan López Sarrión, es natural de un pueblo de la provincia de Albacete e hijo de una familia humilde. (Algunas veces vinieron a visitarle al hospital sus parientes.) Sus padres decidieron dedicarle al comercio, y comenzó su aprendizaje de chico en una tienda cualquiera de Albacete, de donde, ya mozo, pasó a Valencia, entrando a trabajar en una de las más importantes casas de comercio de aquella ciudad.

El que luego había de admirar a cuantos le conocieron bajo el burdo sayal del hermano Juan, tenía extraordinarias disposiciones para los negocios, de las que obtuvieron grandes frutos la Casa en que servía y el mismo López Sarrión, quien al cabo de pocos años vióse poseedor de algunos ahorros considerables. Y como Valencia ofrecía estrecho campo a sus ambiciones, con aquel dinero, seguro de sí y cierto de conquistar el mundo, embarcóse un día para la América del Norte, que era entonces, aún más que hoy, campo propicio y agradecido a todas las actividades.

Cuando volvió a saberse del mozo manchego, su nombre figuraba en la razón social de la importantísima Casa de comisiones y negocios «López Sarrión y Compañía»; acometía grandes empresas; tenía una línea de vapores...

Don Juan iba y venía constantemente de América a Europa, casi siempre para sus grandes negocios; alguna vez para su recreo y descanso.

Y en cierta memorable ocasión, en un momento

de esos que deciden y truncan la vida de un hombre, en una de esas playas francesas o en un balneario austriaco, donde se citan los aristócratas, los elegantes y los poderosos, la *élite* de la *élite* del mundo, en Trouville o Baden, conoció don Juan a una belleza inglesa, una linda muchachita, hija de un lord. López Sarrión era hombre de arrogantísima figura, moreno, elegante, rico. El manchego se enamoró de la inglesa y milady se apasionó ardientemente del español. Las arenas de la playa y las tupidas arboledas que rodean el gran casino, fueron, una vez más, testigos del eterno y divino idilio y oyeron aquel juramento de amor y fidelidad tan repetido... y tan olvidado.

Por esta vez no eran los labios, sino los corazones, los que hablaban. Mas un día, cuando López Sarrión quiso asegurar la felicidad que veía suya y acudió al lord pidiéndole la mano de su hija, recibió una humillante, una dolorosa repulsa. ¿Cómo un plebeyo, un plebeyo adinerado, pero plebeyo siempre, se atrevía a elevar sus ojos miserables hasta mujer de tan alta y limpia estirpe?

Era una sentencia inapelable, sin un resquicio de esperanza. La humilde casita aldeana donde naciera, y que en las melancólicas horas de nostalgia ofrecíasele a Juan poéticamente nimbada como un lugar santo, adonde muchas veces, en las horas de lucha y de cansancio, peregrinó su corazón desfallecido en demanda de alientos y consuelo, presentábasele ahora como un nido de

oprobio que debiera hundirse y desaparecer, sin dejar sobre la tierra ni el polvo de sus ruinas, para no manchar el orgullo del escudo que ostenta sobre su puerta un palacio que se alza en una colina escocesa o en un llano irlandés: la pintoresquería de unos cuarteles que no labró el aristócrata que echaba en cara la humildad de su origen al que había subido tan alto sin deber nada a la herencia.

Sarrión, vencido y desesperado, volvió a su despacho y a sus operaciones mercantiles, buscando el olvido en la actividad de los negocios... Mas en cualquier parte adonde dirigiese los ojos veíala a ella, y la imagen adorada surgía tan pronto de las nubes de humo que arrojaban los barcos que Juan enviaba a Europa cargados de balas de algodón, como formábase en las columnas de guarismos del libro de caja.

Volvió Sarrión a Europa, y encontróse con ella impensadamente en Burdeos. Tan triste, tan desgraciada... No se hablaron; pero este hombre, valiente entre los valientes; este maestro de energía, esta voluntad, tuvo un momento de incomprensible cobardía, y en vez de avanzar audazmente y apoderarse de lo que suyo era, huyó. Huyó decidido a matarse. Un tiro certero o un chapuzón en el mar lo concluían todo.

Sin saber por dónde, ni cuándo, ni cómo, Sarrión anduvo y anduvo horas y horas en la triste compañía de sus dolores, hasta que se encontró

ante un convento de cartujos que en los alrededores de Burdeos había. Una mano misteriosa —llamada como queráis— le empujó adentro; automáticamente, como venía moviéndose desde algunas horas antes, humillóse ante un confesionario... Alzóse después otro hombre, pálido, lívido, como si saliese de la sepultura.

Y de un sepulcro salía: de la tumba donde acababa de enterrar para siempre al poderoso, atrevido y enamorado negociante D. Juan López Sarrión. Este otro sér que ahora nacía no sería nadie, no tendría nombre.

—¡Cobarde! ¡Cobarde!— le había dicho la voz de otro hombre que como él fué rico, que como él fué dichoso, que como él había sido duramente castigado por la mano cruel de la adversidad—. Vas a matarte porque crees que no hay en la tierra mayor desgracia que la tuya; porque en tu egoísmo no ves otra redención para tus dolores; porque no sabes ser fuerte, hacerte superior a tus miserias para acudir a las de los demás; porque ignoras que Dios ha puesto en las lágrimas de gratitud de los desamparados el consuelo de las penas de quien los socorre; porque careces de energía para hacer a tu amor el sacrificio de tu amor, porque no eres capaz de amar a los desgraciados por amor de esa mujer desgraciada, que también te ama y más valerosa y más templada para el sacrificio que tú, hombre robusto y fuerte, sabe resignarse... Vuelve en ti. Te habías extraviado

do; pero la mano de Dios te salva y te enseña tu camino. *Erraverunt in solitudine...* «Ellos se perdieron en desiertos estériles y secos, no pudiendo hallar el camino de la ciudad adonde iban. Padedieron hambre y sed hasta llegar a desmayarse. *Esucientes et silientes anima eorum in ipsis defecit.* Pero habiendo recurrido al Señor en aquella tribulación, los libró de la necesidad en que se hallaban. Y los ha conducido por varios caminos, los ha instruído en su ley y los ha guardado como la niña de sus ojos.»

*
**

Pocos días después, un hombre, que no quiso decir sus circunstancias, presentábase en el hospital de coléricos de una población cercana a Madrid, a la sazón duramente castigada por el «azote del Ganges», y, con desprecio absoluto de su vida, y con caridad y energía inagotables, asistió incansable y solícito a los enfermos; los medicaba, decíales las últimas oraciones, cerraba sus ojos, los enterraba y era la admiración y el pasmo de médicos, enfermeros y hermanas de la Caridad.

Cuando libre, por fin, Toledo de la epidemia que le diezmará quisieron los toledanos mostrar en un acto público su gratitud al desconocido, éste desapareció sin despedirse de nadie y a pie tomó el camino de Madrid.

Presentóse en el hospital, y como alguien le diera noticias de la Hermandad de San Felipe de

Neri, inscribióse entre los «hermanos del caldo»; pero no bastando a su caridad la asistencia dominical a los desvalidos, pidió permiso para instalarse en un rincón del hospital y asistir continuamente a los enfermos. Diéronle una guardilla cerca de una de las salas de los infecciosos, y el desconocido hizo de aquellos infelices típicos, varios y tuberculosos en último grado sus amigos predilectos, sus hermanos, sus hijos. Como en el hospital toledano, su caridad y su energía admiraron en el madrileño a todos, y mucho más a los que por obligación o sacrificio sirven allí.

A todas horas veíasele a la cabecera de los enfermos. Por repugnantes que fuesen sus dolencias, no le asustaban. Cuando un miserable veíase abandonado, estaba seguro de contar con la amistad de aquel señor bueno, que tenía para todos palabras de amor y sonrisas y cuidados de hermano.

—¿Cómo se llama usted? ¿Quién es usted?
—preguntábanle, curiosos de penetrar en el misterio que le rodeaba.

—Soy Juan. Me llamo Juan —respondía sencillamente.

Y los desamparados completaron su nombre quitándole el don ceremonioso, que el respeto les invitaba a darle y sustituyéndolo por una palabra dulce y expresiva que le retrataba a él y significaba el cariño de ellos. Le llamaron el «hermano» Juan.

Hasta muchos años después, cuando ya blanqueaban sus cabellos, el hermano Juan guardó el secreto de su historia, que, un día, refirió a mi amigo en un momento de intimidad en que se atrevió a mirar hacia atrás desde su altura.



Mas el hermano Juan no limitaba sus cuidados y su interés por los enfermos a la asistencia personal, sino que, además, socorríalos generosa, espléndidamente. Mientras estaban postrados, dábales dinero para que sus familias no pasasen hambre; comprábales costosos específicos; «llenábales el bolso» al salir de la Casa, para que pudiesen cuidarse en la convalecencia; a algunos les dió medios con que establecer un taller, a otros les compró tierras y aperos de labranza. Cuando la epidemia de gripe, o en otra semejante circunstancia difícil en que la población del hospital aumentó considerablemente, el hermano Juan acudió en socorro de la Casa dotándola de camas, ropas y medicinas de que carecía para atender las apremiantes necesidades de aquellos angustiosos momentos. En todo instante fué el hermano Juan auxiliar eficazísimo de aquella venerable sor Larequi, cuyos esfuerzos, constancia y amor a los desgraciados pusieron el hospital a la altura en que hoy se encuentra, dotándole de medios de que aún carecería sin el tesón y el trabajo de esta heroica

mujer, a cuya memoria, si yo tuviera influencia, pediría la erección de una estatua en los jardinillos fronteros al hospital que ella amaba tanto y donde tanto bien hizo.

—¿De dónde saca tanto dinero el hermano Juan? — preguntábanse, intrigadas, las gentes de la casa. Por lo que él refiriera, sabían los que estaban en sus secretos que, al despedirse del mundo, el hermano Juan rompió toda clase de relaciones con la casa López Sarrión y Compañía, de los Estados Unidos; las caridades de los primeros años debieron consumir el producto de la liquidación de sus intereses. Pero ¿y después? El hermano Juan daba el dinero a manos llenas. Ningún desgraciado acudía a él sin ser inmediata y espléndidamente socorrido. ¿Quién era su banquero? ¿Cuál y dónde y cómo su caja?

El hermano Juan había hecho, mientras perteneció a la Cofradía de San Felipe de Neri, amistad con un modesto prendero de los barrios bajos, llamado Santiago, que era también «hermano del caldo». A este Santiago favorecióle un día la fortuna, premiando con seis mil pesetitas un décimo que jugaba a la lotería.

—¡Si me saliera algún buen negocio en qué emplear este dinerito! — le dijo al hermano Juan.

—Te voy hacer rico, Santiago — replicóle el hermano Juan, poniéndole la mano sobre el hombro. Los dos hombres hablaron largamente en la guardilla desmantelada que servía de habitación

al hermano Juan. Éste instruyó al otro en la organización y explotación de un gran negocio. Alguien supone que contribuyó a fundarlo con una cantidad igual a la que la lotería había proporcionado a Santiago; pero este es extremo que no se ha comprobado. Lo que sí consta es que allí se formó una curiosa Sociedad mercantil.

Poco tiempo después de esta conversación, Santiago compraba los muebles de una casa aristocrática o de una Embajada, y en la misma finca en que ésta tuvo su domicilio establecía una gran almoneda bajo el pomposo título de «Palacio de ventas». En los balcones aparecía en una muestra la razón social de la Casa, los nombres de los dueños: «Emmanuel y Santiago». A Santiago le conocía todo el mundo; pero ¿quién era el otro?

Emmanuel, según más tarde se supo, era, en la contabilidad y formalidad de la Casa, la Divina Providencia, a quien Santiago destinaba y continúa destinando religiosamente el 50 por 100 de sus utilidades, y el administrador de estos «beneficios de Dios» el hermano Juan, al cual Santiago entregaba puntualmente la parte de su «socio» para que la distribuyese entre los pobres.

Y como el negocio marchaba tan magníficamente, el hermano Juan pudo durante tantos años alimentar a los hambrientos, socorrer a los desvalidos y acudir a las necesidades del hospital. Santiago pagaba puntual y cumplidamente cuantas facturas de medicinas, comestibles, ropas, etc., se

le presentaban con el vistobueno del hermano Juan.



Después... Hace tres años notóse que el hermano Juan padecía escaseces económicas; su banquero empezó a poner dificultades al pago de las facturas...

Un día el hermano Juan consternó el hospital con el anuncio de su marcha, y un mes después, al día siguiente al de Navidad, un caballero elegante, pulcro, afeitado, cuidado, que en nada parecíase al hermano Juan del sayal burdo, se despidió de sus enfermos, de las hermanas, de los médicos, de los practicantes, de los mozos, y, haciendo tremendos esfuerzos por contener las lágrimas, abandonó la casa de los pobres, donde durante cerca de treinta años dió al mundo el ejemplo de una vida santa.

En el bolsillo llevaba un pasaje gratuito para América que le proporcionó el marqués de Comillas.

Dos días después embarcó en Cádiz, y se despidió, acaso para siempre, de su patria, en donde durante sus treinta años de prueba florecieron capitanes, ciudadanos y poetas, ninguno de los cuales riñó batallas tan duras como las que el hermano Juan ganaba a diario, ni dió ejemplos tan altos de altruismo, ni acertó con la música inefable del

verso divino que todos los días escribía este santo sentándose a la cabecera de los caídos, posando sus ojos cariñosos y compasivos en aquellas caras angustiadas, deformes, repugnantes, y hablándoles al alma:

—¡Hermano mío!...



De pesca.

LO QUE CUESTA COGER UNA MERLUZA

Donde yo me he visto, quisiera ver a los grufiones que se pasan la vida diciendo pestes de los periodistas y diputando este asendereado oficio por uno de los más cómodos, divertidos y regalones, para que aprendiesen lo que cuesta pescar, y aquí sí que está bien aplicado el verbo reporteril, una miseria de noticias.

Figúrense ustedes que viendo entrar y salir en La Coruña los barcos pescadores, se me encendieron irresistibles ansias reporteriles de ver cómo se pescan en el mar las merluzas auténticas y que, apenas manifestado el deseo, la amable solicitud de unos cariñosos amigos míos me ofreció la manera de satisfacerlo. Y hasta se brindaron a acompañarme.

Iríamos en un magnífico vapor pesquero, que fué antes yate de recreo; veríamos todo lo que quisiéramos y pescaríamos cuanto hay que pescar. Hasta un submarino alemán, si nos daba la gana.